

*It*

JUAN CEYLES DOMÍNGUEZ

Málaga, El Toro Celeste, Colección “Uróboros”, 2021, 386 pp.

*It* es el primer volumen de las obras completas de Juan Ceyles Domínguez que ha empezado a publicar la editorial El Toro Celeste. Su título señala directamente al protagonista de esta historia como ser itinerante (*It*, de *iter*, *itineris*) en la tradición del Ulises clásico, que se deja seducir por el canto de las sirenas y que parece preferir a otros, aunque sea al precio de enloquecer para siempre, y al *Ulysses* de Joyce en su afán por experimentar con el lenguaje hasta conectar, más allá de la forma, con una escritura encofrada en el surrealismo y revestida con el expresionismo abstracto.

La novela desarrolla una escritura sólida, enraizada en distintas tradiciones de la novelística del siglo xx, en la que se reconoce a Kafka, a Proust, a Joyce o a Bertolt Brecht, así como una más que palpable conexión temática con el humanismo de Whitman, la poesía pura juanramoniana o la introspección de Cernuda. La dimensión autobiográfica del autor en la obra llega a perturbar el distanciamiento

con su personaje, *It*, al diluirse sin perjuicio en las voces narradoras, sobre todo en la tercera persona, la que introduce los recuerdos de la infancia, los escenarios de la niñez, el éxito y el fracaso en su recorrido existencial; pero también en el diálogo —prolijo a lo largo de las casi cuatrocientas páginas— con la voz de Mami o del propio *It*.

El espacio como elemento vertebrador de las acciones es despreciado en la novela, mientras que el tiempo, dimensión esquiva y huidiza, es elevado a uno de sus temas principales. Tiempo de la existencia. Tiempo cronológico. Tiempo cósmico de las ensoñaciones. Tiempo del recuerdo y la memoria: “El tiempo me precede, marcha siempre unos pasos por delante. Tengo la sensación de que, cuando llego, ya ha pasado. Nunca lograré atraparlo. Así, siempre estoy intentando alcanzar (como Aquiles) lo que ya no existe” (p. 31).

Al tratarse de un “itinerario”, la novela representa una vez más la vida de un personaje en su caminar

hacia una salvación existencial, lo que la vincula a una larga tradición literaria clásica —*peregrinatio vitae*— que en el libro se convierte en el tema principal, por cuanto el personaje emprende un camino de búsqueda y reconocimiento de él mismo y del mundo que le rodea, en un desasosiego creciente que llega a provocar períodos de enajenación, de no aceptación del mundo real y cuya consecuencia será la creación de un mundo propio, introspectivo, en una especie de conexión cósmica. It sufrirá en ese camino sin llegar a comprender aquello que, a través de Confucio, el personaje Mami tratará de inculcar en su mente: “[...] no se trata de llegar, sino de celebrar el camino” (p. 31).

El viaje se inicia cuando It, que se considera “un verso suelto” sin traducción posible (p. 123), siente la necesidad de visitar a su madre (Mami), volver a la casa materna (espacio mítico) en el ánimo de autoafirmarse, reconocerse como entidad humana; sin embargo, este proceso, la singladura que debe registrar la novela, no se somete a regla alguna que lo estructure y dé orden y coherencia, sino que se ejecutará a golpe de los caprichos de una memoria que levanta del olvido recuerdos y escenarios de la

niñez, de la juventud adolescente y de la madurez sin orden ni estructura aparente; pura y libre fluencia verbal.

En este Tiempo de la Memoria cobran especial relieve en la novela los recuerdos de la infancia, vivencias traídas de la lejanía temporal: una calle, unos juegos de niños, peleas, venganzas de afrentas infantiles, lugares de esparcimiento, la escuela, la casa y, como consecuencia, la vibración que ellos producen en It, una vibración que destapa su angustia, su desazón y su soledad, sintiéndose desde aquella infancia: “itinerante en la soledad desmaquetada de la noche, de nuevo sin salvoconducto, los pliegos sueltos, el ladrido de los perros, el búho mordiendo el cráneo de un ratón, que chillaba incardinándose en la sinapsis del universo” (p. 39).

El espacio mítico de la casa alberga los objetos y las historias ligadas a estos objetos, historias iluminadas por la linterna de la memoria en las que se vislumbran los primeros síntomas de una mente capaz de transustanciarse en objetos y personas, en sus tiempos y en sus vivencias, y así recuperar unos sentimientos hasta ese momento ajenos que ahora son percibidos como propios; al contemplar la fotografía de sus abuelos, It fija su mirada en

la imagen desde el habitáculo insólito del marco de la fotografía, donde, agazapado, visualizará sus vidas, sus afanes y su historia.

La enfermedad en la niñez, la mente y el cuerpo enardecidos por la fiebre favorecen en su desvarío la aparición de un *collage* de escenas irracionales y delirantes, las cuales nos anticipan futuros episodios de ensoñaciones irracionales del It adolescente y aun del It adulto: “mientras ardía sentí que mi vida se transformaba y que en aquel fuego se concentraba un vagar torcido y morbosos” (p. 46). La narración queda ralentizada, detenida, suspendida en el tiempo de la novela, interrumpida por episodios oníricos, alucinaciones, visiones ancestrales, letargos cognitivos que van conformando un cuadro de texturas expresionistas.

Esta deriva emocional que se presiente en el niño planteará el dilema entre realidad y rebeldía, el dilema de no saber adónde ir en la vida: “La cartografía de mi viaje registra la búsqueda de un punto improbable, origen documentado, razón de ser [...] En otro: resistencia, rechazo, intentos de evasión [...]” (p. 53); dualidad, bipolaridad, estigma de su estado emocional y dialéctica de su vivir. El viaje es también tiempo para el recuer-

do, y aquí es donde aparecen, objetivados, escenarios y localizaciones tangibles, reconocibles en unas coordenadas geográficas: una sarterría, una calle, una ciudad; unos personajes y unas acciones vinculados a esos espacios. Pero esa objetividad desaparece cuando en la narración emergen planos descriptivos deslocalizados en el espacio y en el tiempo —en un tiempo de enajenación mental— donde se va construyendo el universo propio, ya en una clínica psiquiátrica, bajo la tutela del Dr. Brinkmann, ya en el acontecer diario de una vida en continua indagación sobre la condición y la naturaleza humana. El sentido y la lógica desaparecen del discurso, que se adentra en un laberinto conceptual de categorías geométricas donde el universo de It se muestra como “un poliedro mutante infinito”, en cuyo centro está Él, sufriente en su angustia, en una nebulosa caótica de sensaciones, “huidas, exilios, amores destrozados, esperanzas rotas”; una crisis que dejará huellas palpables que Él resume en una frase de honddo pesimismo: “Regresé de aquel secuestro milenarío con autolesiones de repudio y pasión” (p. 87).

El poso de angustia vital y el hallazgo de la dualidad It/Marck (como otras dualidades: It/Quim,

It/Gema) en sí mismo también van aparejados a la vida como viaje iniciático: “Así abandoné aquel tren [...] y me enganché a otro [...], cada uno me contagió su velocidad y su mala paciencia... Dolor mientras llega, persistencia cuando está e imposible olvido cuando se ausenta” (p. 90). Este viajar en el espacio del sueño es el tiempo de la crisis existencial, de la búsqueda del sentido de la vida que lo llevará a indagar en el arte como única vía para mitigar el desconsuelo, la soledad y el olvido.

El cuerpo central de la novela está prácticamente dedicado a esta temática: el arte, en sus distintas praxis, y su capacidad para dotar de sentido la existencia del hombre. A través del arte el hombre alcanza la plenitud, la comunicación, el amor, la verdad. A través de la actividad creadora el hombre se diferencia de los demás seres con los que participa en el universo, pero esta actividad puede ser traumática si lo que se pretende es descubrir la esencia de la realidad. It inicia una deriva alucinatoria cada vez más acusada en la que asistimos a los momentos de máxima creatividad y valor poético de la prosa de Ceyles: “Me sacudí —como lo hace un perro— las últimas gotas de tiempo y escapé a otra dimen-

sión, a otra tonalidad, quizá a través del sueño; ya sin vida (ese tipo de vida) pero inmortal (sin ese miedo), invulnerable, ubicuo, traslativo. Ahora podía viajar a cualquier región, instalarme en otro cuerpo. Para ello solo era necesaria la aceptación de mi verdad” (p. 83).

El discurso se hace hermético, casi indescifrable, pero se carga de elementos poéticos; pierde racionalidad, pero gana en belleza formal; no busca el sentido ni la coherencia, sino que se abandona al azar de una inspiración liberadora para mostrar sus reflexiones acerca de su concepto de lo real, de las distintas naturalezas que concurren en el mundo real, el universo y el tiempo como germen para la caducidad. Destacaré, pues, algunos pasajes significativos, por ejemplo: “El paso del tiempo era veloz, aunque él no lo percibía entonces porque estaba ubicado en su epicentro” (p. 373); o: “La cornucopia rolaba en mi cabeza con sus moscas insurrectas. Se me hacían evidentes los detalles de su morfología en aquel vademécum de señales predictivas [...], aquellos términos veniales: espiráculo, bascosta, balancín, scutel-lum, label-lum... cotejaba sus registros sobre el esquema... el ojo compuesto, los palpos maxilares... Adictivas, no

cabe duda” (pp. 108-109). En esta, como en muchas otras fases de la novela, se pierde la conexión espacio-temporal de la narración para desarrollar la perturbación psicológica y el universo de fantasía de It; para centrarse en la crisis que padece y que lo lleva a someterse a una terapia clínica, al tratamiento farmacológico, que dé sosiego a sus estados emocionales de confusión y lucidez dentro y fuera del sueño.

Cada fase de locura aparece relacionada a diferentes praxis artísticas: la música, la escena teatral, el cómic, el diseño gráfico, y en todas el agotador y misterioso proceso de la creación. Cada momento de enajenación aparece relacionado a obras musicales, conciertos con los que se abre a un mundo de ensoñaciones, escenas oníricas de imposible racionalización porque pertenecen al más profundo nivel de los sentimientos, del subconsciente que hace emerger situaciones ignotas: “No puede reclamar una sola lágrima al corazón, que torpemente sincopado desplazaba en su delirio mi cabeza haciéndola girar como una ruleta rusa”, o a vivencias más allá de la realidad, y más allá de la física; sucumbiendo a miedos profundos: “No cesó mi desconsuelo. Alguien —que no era yo— empujaba mi cuerpo hacién-

dolo danzar sobre el abismo” (p. 137), y abordando deseos reprimidos en un lenguaje de asociaciones imposibles y planos metafóricos surrealistas.

El estado de enajenación del personaje, esta vez como un ser “allanado, curvo y tangencial”, lo lleva a contemplar el mundo como una representación teatral u operística, con máscaras y maniqués danzantes como actores, en la que él figura como actor y como espectador. Es una nueva forma de soledad, de sentirse perdido en la escena del mundo a la vez que sentirse perdido en el espacio onírico de su mente. Dice hallarse en “una zona internodial”, perdido “entre la abstinencia obligada y el sueño incondicional”, por eso el doctor le recomendará anclarse a la realidad: “No puedes olvidar el entorno en el que vives, It... Usa el sentido común. No especules en exceso. Estás en una continua disquisición. No te emborraches de excesiva naturaleza; no rompas más límites...” (p. 169). Hay ecos de la teoría brechtiana del teatro en el empleo de máscaras: “Me refugié en la escena, elegí mil máscaras para curarme de todos ellos a través de la tragedia”, y en el distanciamiento, al perder la perspectiva entre espectador y actor y entre escena y vida real.

La idea del mundo como representación teatral y en concreto como farsa o tragicomedia está muy bien perfilada en la perspectiva itiana. La representación alegórica de la vida en el escenario teatral se fusiona con el cómic. It asiste en su imaginación a una representación en la que los actores cambian de viñeta, en la que él actúa enmascarado dentro y fuera de la escena; la imaginación de It fluye como un torrente desatado, el estado de enajenación mental se agrava, las páginas se llenan de sarcasmos sobre la cultura, el discurso se carga de ironía y se suceden escenas brillantemente absurdas (pp. 214-215). En otro momento es llevado a actuar junto a los demás internos a las órdenes del director de la clínica psiquiátrica para llegar al fin a la curación —curación transitoria—. Mientras, asistimos a exposiciones de una voz poética que crea naturalezas muertas (p. 213), divagaciones sobre pintores (Turnner, Kooning), reflexiones sobre la vida como representación teatral, situaciones irracionales llenas de comicidad (pp. 204, 206 y 207), utilizando una lengua exuberantemente barroca cargada de hilaridad y hartazgo: “Del cielo se desprendía una hilachera de verdades positivas (vómitos de cabras

empachadas de mala yerba), tareas endocrinas y columnas de periódicos adscritos a su malverso proselitismo y a la bilis empiriocriticista de los últimos templarios egabrenses” (p. 206).

La reflexión sobre la función del arte y sus propiedades terapéuticas para el alma o la mente enajenada está continuamente aflorando en el discurso itiano. Ideas sobre el orden, la libertad y la naturaleza del arte; sobre las normas y la transgresión de estas (“la belleza justifica toda transgresión”); el arte como única cura posible (p. 189) o la necesidad de la literatura para la salvación ocupan muchas páginas de la novela: “Ellos lo sabían. No obstante, lo escribí todo. Por necesidad, por coherencia, por puro instinto. Salvarme, al menos, en la literatura” (p. 259); y llegan a ser exégesis final de su obra: “Abrir la boca y esperar a que nazca el bostezo. O cerrarla y aguardar a que brote el silencio. Mas todo ese inventario se alimenta de recuerdos. La literatura manda en tu vida, la sustituye o la secuestra” (p. 358).

Pero son muchas más las páginas en las que, desentendido totalmente del hilo narrativo, lo que importa a It es el discurrir sobre lo que la experiencia de vida ha imbuido en su persona y que lo ha llevado a re-

solver sobre distintos planos de la existencia: la transitoriedad, la voluntad y la responsabilidad, el amor y la lealtad, las señas de identidad y el olvido... Las raíces familiares y culturales encuentran fácil acomodo en la obra de Ceyles. Hay escenas contextualizadas en un Madrid donde se agita la sociedad y se presiente el cambio de régimen en los últimos estertores del franquismo. En otro sentido, los guiños a su ciudad natal en la que ubica la niñez de It son permanentes: se conforman a partir de referentes simbólicos como el llamado Monte Coronado, el río Guadalmedina y sus alrededores arbolados de eucaliptos, el hospital psiquiátrico, la casa materna, el cementerio. Lejos del sentimentalismo, estos espacios alimentan la inspiración poética y trazan en la novela una compleja red de recuerdos y vivencias que se descubren no solo en el protagonismo de la figura materna, sino también en un cuidadoso tratamiento lírico de los escenarios: “Caminé bordeando el recinto hasta el ángulo meridional, por donde volví a salir. Llovía de nuevo. Los cipreses, proyectando su sombra interna, marcaban la frontera lexical de aquella inmensa biblioteca de odres humanos reclamando con su silencio un vino nuevo” (p. 246).

Las anécdotas se enmarcan en el ámbito del sueño y pueden llegar a confundirse con la realidad como sucede con la recurrencia al hombre de las tijeras que persigue a una mujer con la intención de matarla, escena que provoca pavor en It hasta obsesionarse con ella en la vida real; otras se enmarcan en el campo de las vivencias de la niñez o la juventud de It: los bares, manifestaciones callejeras, algunas amistades. It es el único personaje de la novela. Quim, Marck, Gema son trasunto del propio It, capaz de desdoblarse en estos personajes y conferirles vida propia e independiente de la suya. Mami aparece como interlocutor en la mayoría de los diálogos y es la voz de la conciencia, la sensatez y el cariño; el resto de los personajes son simples y ocasionales menciones sin relevancia alguna: Willy (el director de la clínica), un camarero de una cafetería madrileña, un chico fornido, Etienne.

El diseño retórico de la novela se aproxima al de un diario en el que las partes pueden tener autonomía fuera de este. Es una colección de materiales unificados por el débil marco narrativo y sobre todo por el personaje, It, eje vertebrador de los diversos materiales poéticos y novelísticos y las abundantes digre-

siones de carácter estético, filosófico o psicológico. El discurso en la novela presenta registros diversos, aunque el lenguaje poético se destaca sobre otros. La narración tiende al empleo de una lengua convencional, clara y lineal en el desarrollo de las acciones, sobre todo en los recuerdos de la infancia, las referencias cinematográficas, paisajes y anécdotas de una ciudad (Madrid). Cuando It toma la palabra y cuando la tercera persona evoca el estado emocional del personaje, el lenguaje va adquiriendo tonalidades poéticas de gran belleza que requerirían un estudio estilístico detenido: enumeraciones caóticas, planos metafóricos surrealistas, símiles de gran originalidad, imágenes oníricas, neologismos, malabarismos léxicos y poemas encastrados en el decurso narrativo: “Así fue desde aquel lejano día en el que todo se truncó y yo comencé a pertenecerte [...]. Como si desde aquel momento te debiera la vida. No una, sino mil veces. Y nunca hubiera cesado, porque nunca hubiera podido saldar mi deuda. Mi existencia quedó supeditada, en presencia y en ausencia, a tu entera devoción, en completo e inagotable sacrificio. No podía hacer nada sin que los ojos de tu pensamiento dejaran de vigilar-me, de registrar-

me, de controlar mi pulso, de ejercer su absoluto dominio. Tus ojos gaviales flotando en un estanque sin tiempo” (p. 261).

Enrique Matés